

EL EXILIO VOLUNTARIO

© 2009, Claudio Ferrufino-Coqueugnot

© De la presente edición: 2011, **ALBERDANIA,SL**

Plaza Istillaga, 2, bajo C. 20304 IRUN

Tel.: 943 63 28 14

Fax: 943 63 80 55

astiro@alberdania.net

www.alberdania.net

Portada: Antton Olariaga a partir de una fotografía de Unai Pascual

Impreso en Itxaropena, S.A. c/ Araba, 45, 20800 ZARAUTZ

ISBN: 978-84-9868-275-5

Depósito legal: SS. 369/11



EL EXILIO VOLUNTARIO

CLAUDIO FERRUFINO-COQUEUGNIOT

ALBERDANIA

astiro

A Alicia y Emily, mis hijas
A Alicia y Joaquín, mis padres
A mi esposa Ligia

I

CON SORPRESA veo que el escrito, guión dirán, de la película checa *Extasis*, 1932, lo hizo Vitezslav Nezval, mi poeta favorito, con Julian Tuwim y Esenin, de 1985-86. Pero lo triste es que este filme se conoce porque la bella Hedy Kiesler, estrella como Hedy Lamarr, aparece desnuda en una escena lacustre y en una carrera en que el viento y los arbustos le tocan las teticas austriacas. Se ha olvidado a Nezval.

Y es 1999.

El lujo del tiempo, de disponer de una ventana con árboles, un pasto que enverdece después de los cuarenta grados bajo cero con que el invierno reventaba las latas de Coca-Cola que olvidé, como siempre olvido, dentro de mi viejo automóvil. Carlos Gardel habla de besos prolongados en el tocadiscos y, aunque es Argentina en su voz, me entra la gran nostalgia boliviana, la lobreguez de las chicherías de Coña-Coña, Raúl que se perfila contra los eucaliptos y sus rayueleras monedas, detenidas en el aire, semejando luceros de la tarde.

Te parece que te traiga un jugo de naranja, o lo prefieres de manzana, pregunta la esposa que en veinte días más será esposa de veras, cuando usía, el juez de paz, rubrique con tinta negra la cópula liberal.

El jugo de naranja se ha consumido. La primavera tibiamente se asoma en el medioeste norteamericano, pero las nubes anuncian que la nieve blanca no se rinde, que sobre todo lo oscuro caerá la nevada y hará de la tierra un lugar digno de vivirse. Digo esto con esa melancolía que no puede ser tropical porque soy valluno, pero que quiere oler a son, a samba, a vallenato, a cueca, vamos...

Han pasado diez años y una vida ordinaria, vida perdida quisiera decir si no hubiera momentos gratos que desmienten el tedio de Norteamérica.

Estoy en la plaza Murillo, de La Paz. Las palomas no entienden de patriotismo y excrementan sobre la cabeza del ahorcado, le ponen una máscara de bosta blanca sobre el rostro sin que a ninguno de los patriotas de la gobernación enfrente se le ocurra mandar limpiar la estatua. Un hecho natural tan trivial como el cagar de unas aves basta para desmitificar constituciones, independencias, decretos. Aunque el mariscal Antonio José de Sucre, a quien observo desde el hotelito donde voy siempre que vengo a la capital, está límpido.

La Paz en el irreconocible verano de 1988. Me alojo esta vez en la residencia del embajador norteamericano, quien, por ligazones matrimoniales, etcétera, viene a ser como un primo político. Desdoblan una cama en un dormitorio, practicismo sajón, y ya tengo un cuarto que de día hace las veces de recibidor, y duermo protegidos mis sueños por los velados anteojos de la seguridad, los hombres de cuerpo inmenso y ojos como que no les han dado luz, listos los puños para el golpe, el dedo para matar y cuando los ponen a cenar no tienen idea de para qué sirve un tenedor: peligrosos animales.

Y viene una década.

Dejo la casa del embajador. David, rubio y con lentes, no hace mucho por detenerme. Los norteamericanos no son seres de costumbres gentiles, a pesar que en el transcurso de la novela algunos contradecirán tal aserción. Pepe me recoje de la plaza central. Llego allí en un carromato de la embajada, con sendas banderas a los lados. Subimos en colectivo hacia El Alto, la ciudad de barro. Con una escala.

José Tejerina moriría una noche de 1990, en alguna curva de la carretera Oruro-Cochabamba, desangrado. Accidentado en auto, contemplaba la noche que habíale arrebatado las piernas. Una semana antes llamó a Carlos Flores, a los Estados Unidos (Pepe trabajaba en la telefónica). Hablaron de la cerveza que se enfriaba en los refrigeradores, del tiempo que crecía demasiado.

Carlos –yo– y José, que imaginarán es Pepe, dejaron el bus en el comienzo de la subida, en una esquina frente al mercado Lanza, “Merlan” le dice el pueblo. Segundo piso: el “Grill”. Su particularidad radicaba en la casi exclusiva presencia india, con ropa occidental. Putas, sí, de piel más blanca, de Chile, Puerto Rico... los vendedores, escarbadores, cosechadores, levantadores, asesinos del oro de la ciudad de La Paz, de Tipuani, la aurífera región donde los cuerpos se pudren con las bocas abiertas, mostrando las muelas cubiertas de oro que nadie toma por ser piezas muy pequeñas. Pepe trajo a un amigo, un hombrecillo amable y bajo, con los bolsillos cargados de dólares del metal extraído en las últimas semanas. Vino con una rubia de cara bonita, con doce dientes de sus originales treintaidos. La mesa se cubrió de verde, o marrón porque eran cervezas paceñas. En un lugar ya común, y para “sobrar” al cochabambino –Carlos–, el “amigo” pidió al principio una botella de Taquiña, “para lavar los vasos”. Después de haberlos enjuagado, y tirado al piso toda la bebida usada para ello, sirvió. El Grill brillaba por la humedad de su suelo, y los tacones de los borrachos hacían chirridos al caminar. Se abrían las braguetas debajo de la mesa para mear. Chicos, les haré un precio a los tres. Mi cuarto está dos pisos arriba. Toda la noche; uno por vez. Quiero tomar. Yo también. Pero el comerciante sube un par de veces. Se disputa el oro, se lo muestra. Los ánimos están cada vez más exaltados. El aymara ha reemplazado al castellano y ni Pepe ni Carlos lo hablan. Que me robaste, que tú, que cabrón y que tu madre, y salud, Pepe, chupá, chupá, carajo, y una puñetera incomprensible jerga que parece chino y Toshiro Mifune que ha perdido la compostura quiere pegarnos. Dame un beso, dame un golpe, hermano, hermano. Y Debra, la meretriz rubia, insiste con sus carnosas encías al aire en acostarnos. Los paceños bailan salsa, entre hombres, como llamerada. La cumbia zapateada en malambo andino. Las escaleras del grill que conducen a los amigos a la parada de micros humean como de incendio...

El Alto. Noche ya.

Una casita de dos pisos, modesta. Unas gradas con casa, en realidad más gradas que casa. Esposa e hija adentro, qué grande ya y

cómo no, si son diez años desde que salimos bachilleres y me tuvieron que arrojar al patio a través de la reja porque no podía pararme, y papá que llora con camisa a cuadros, papá, papá de camisa a cuadros un octubre tan viejo como mil novecientos setenta y siete, tan viejo ya papá, frente al televisor, mirando “Sábado gigante” sin darse cuenta que es domingo, o las tardes de la vejez, las de la infancia son todas iguales. Hijo, y los brazos te reciben. Padre; abuelo; y los brazos te siguen recibiendo...

Ni me acuerdo el nombre de la hija de Pepe. Vi a su esposa, años después, al otro lado de la acera, cuando el camino de Oruro ya se había adueñado de tus piernas, y no me acerqué. Pedí dos salteñas; apoyado en el codo derecho la vi pasar, sabiendo que lo que no le preguntaba de ti entonces no lo sabría más. Carlos quiso así guardar muy adentro una intimidación que no tenía espacio de muertos, ni que fuera nicho, o cementerio, o simplemente no me da la gana de creer que mis amigos han muerto. Las escaleras del grill se incendian y el oscuro amiguísimo de aquella crepusculada se insume en una boca pintada con interiores de sangre, un beso que rechazamos.

Heineken, etiqueta verde. Hasta muy tarde, 1990, no supe que existía la de etiqueta roja, con Ronald, en un bar libanés de Dupont Circle, en la capital de Estados Unidos. Verde la marca que se agota entre los dos amigos. La oscuridad del Alto huele a barro; sobre las ventanas, interiormente, se agolpa el hielo. La irrealidad del silencio de una ciudad de adobe, el pueblo engrandecido, como Aiquile, como Pasorapa, pero a nivel del cielo, muy alto y muy frío. La sensación del barro, de que si se estuviera caminando afuera, habría que eludir la fetidez lodaica del excremento humano mezclado con la tierra. Así tan estrecha se hace la unión entre hombre y natura cuando se es pobre, cuando el culo toca la frialdad del piso mientras no se ve a nadie, no se oye a nadie, o un poco de sapos montañeros que quién sabe si son animales u oscuros diablos de la sombra india.

Salud. Te vas. Harás plata. Y en diez años toda la plata, medio millón de dólares, no da a Carlos ni el pasaje para visitar la oscura tumba donde yace su amigo, momificado; no hay putrefacción en

el frío. Tieso como los yatiris que arrojan la coca al aire y regulan un destino de por sí ya jodido. Diez años, Pepe, cuántos sin ti, sin dólares. De la ventana asoman las nubes de otra nevada. Seis treinta de la tarde. Hernán Figueroa Reyes, poeta asesinado, canta penosas tonadas.

En la terminal de buses de La Paz, de horroroso diseño, y de tan tristes memorias para mí, de donde se van los rostros del amigo, para siempre, donde las hijas se separan de los padres, de micros que tienen por destino el larguísimo camino de Puno, Juliaca y Arequipa; terminal de la tristeza, de la anochecida y las manos de Pepe que quieren asirse al futuro y caen irremesiblemente en el hoyo angustia de la muerte.

Y me dieron visa.

II

BUENAS TARDES, señora Alicia. Hola, Julio ¿cómo estás? ¿Y Carlos? Dígale que lo estamos esperando en la embajada.

Y mamá, apenas me ve, dice que me esperan en la embajada, y está sobreexcitada. Por fin mi hijo, por fin, quizá una beca, un trabajo.

Lo que mamá no sabe es que Julio, Franz y Raúl aguardaban por mí –ya decorada la mesa con una jarra grande de chicha blancuzca, en el piso un balde verde mugriento y rebalsante– en un boliche inmundo llamado “En-bajada” porque la puerta de ingreso estaba arriba, sobre la avenida Rubén Darío, y el restaurante-bar como diez metros más abajo. Desde adentro ni se veía el cerro San Pedro, al que tapaba una pared de adobe típico, con unas manos de cal encima para matar los insectos. Ahora ya hay un edificio, de la riqueza traída por unos piques-macho tan barrocos que eran incomibles, y un licor de maíz acelerado por una botella abierta de alcohol 90 en el fondo del cántaro mayor. Por supuesto que no alcancé título alguno en la reunión sino una borrachera que me descabezó por dos días. Si no saben lo que es jugar dados a la mala, para tomar, debieran ver a Raúl entonces, apostando 50 a sesenta tragos a cuatro dados iguales y uno diferente, en dos tiros dos volteos, y una lanzada más. Y lo duro era que el perdedor pagaba en serio. Calculen cincuenta de los vasos pequeños, esos de rayas verticales y un reborde de medio centímetro; son como quince vasos cerveceros, seguidos, uno tras otro, hasta el asomo del vómito. Y agarrarse el estómago mientras se tira el alma al piso qué lindo está el cerro, verdeando por enero, por las intermitentes lloviznas de domingo. Caminar, a modo de alivio,

un poco y mirar el melancólico muladar de la laguna, el rumbo del country club, de una infancia de supuesta economía pujante y piscina cada día en vacación. El caminito a la izquierda, pasados cien metros de aquella iglesia de la falda del San Pedro donde jamás hay nadie, bordeando una acequia por la que corre mita. Un lugar donde cayó un avión y fierros chamuscados esparcidos por el área. Y más allá la cueva del abra que atraviesa el cerro y sale al otro lado, a la región de Sacaba. Por qué hablar de ésto. Porque es parte de la memoria niña, del gobierno de Burrientos –u Ovando– y el asesinato de Jenny Köller y Elmo Catalán en la cavidad esa, destinada a regar agua, no sangre, y menos el semen de Abraham Baptista, verdugo que se quema hace ya mucho, cocinándole los diablos por la eternidad sus cobardes manos.

No es alivio la caminata. Los ojos registran hacia atrás hasta lo mínimo de los sentimientos y experiencias. Carlos se pone mal; de pronto, a los veintiocho, se ha sentido anciano. Y la única forma de rejuvenecer es continuar la chupa, mejor ahora que ha venido Dina, esposa de un inglés de York, y que besa admirablemente a uno y otro de ellos sin distinción. Sus muslos doran la tarde y se hace enfático el trago y más ahora que ya no pierde, Carlos, claro. Raúl habla en jerga inteligente. Los cinco dados iguales de la generala son una “grande”, y cuando él, profesor de francés, gigolo parisino, lector de Thomas Hardy, Raúl Choquetaxi, la invoca, le dice “glande” y Dina no entiende las risas, no conoce la palabra, sólo el objeto en sí. Se fija y uno de los ojos de ella se le va de lado si está ensoñada. Pero no se le ve la desviada pupila izquierda si se la besa del lado derecho, con la cabeza inclinada lo suficiente para que caiga al cuello y los senos que ha tapado un vestido café. Uno a otro salen a cumplir el rito del beso, mientras oscurece y aparecen lucecitas de cigarrillos sobre el cerro, de las parejas que fuman en los intervalos de la desnudez.

Y pienso ¿hubo una avenida aquí en la infancia? Este Rubén Darío cuán viejo es. Creo que existía una senda ladeando la colina, sin Cristos crucificados en el aire, ni pavimento. Estábamos entonces, Armando, Elena y yo, en la primaria del Fátima, con aquellos curas

italianos: el padre Fidel, el Hermanito, que eran un encanto. Frontera de Cochabamba, bordes de la ciudad. El San Pedro, lejanía plagada de misterio, de horripilantes muertes, de descanso, del árbol que se veía del cuartel de la Muyurina y donde decía mi padre que estudiaba en su juventud. Y el río Rocha, el Condorillo, con trazas aún de arroyo montaños, lindo; los bordes de Tupuraya, en la subidita, tan arbolados y bellos que de la escuela íbamos de excursión allí. Y un gran macho cabrío, venido a diario del pueblo, marrón y negro, de barba espesa, que dominaba el hato de cabras con más destreza que pastor, y que me sobrevivió treinta años.

Nos despedimos. Hemos de vernos más en estos días pero hoy es el punto final de un pasado rico, sentido. A Julio lo espera Filadelfia, con ladrillos viejos. Carlos parte hacia Arlington, Virginia; dos días uno del otro. Raúl llora como lo hace siempre que los amigos se despiden. Lloro en 1989; en 1992; lloro más en 1998 y se queda debajo de los altísimos eucaliptos, con una veterana chamarra negra, ajeno a su mujer, de la mano de su niño Fidel (Fidel Castro ha reemplazado al fatídico Cristo de los infantes en su cabecera).

III

EL *NEW YORK TIMES* anuncia la salida del libro de Mónica Lewinsky, la mujer más famosa de los Estados Unidos, tanto que el Congreso en pleno le pidió disculpas por “lo que había sufrido”. Y los trabajadores del mundo nos preguntamos si no es que todo anda mal acá, todo volcado, si la trivialidad de un coito oral con un pene presidencial es motivo para encumbrarse por encima de José Saramago, de Abdullah Ocalan, de la vida misma: niñez, madurez y el resto. Paris Match, la alemana Bild, la televisión israelita, los magnates de Singapur, doscientos cincuenta millones de gringos aguardan con desesperación leer los luminosos pasos de la hembra. Si hasta el padre, mister Lewinsky, no da más de orgullo mostrando el vestido azul manchado de esperma. Para eso la eduqué; Moniquita no me defraudó y miren mi nuevo departamento. Y la prensa, la misma prensa enfermiza de *Natural Born Killers*, el filme de Oliver Stone, registra el departamento, que sin duda será el precedente de una nueva moda en el país. Es ley, dictaminarán los senadores, que todas las muchachas sigan el fervoroso camino de misis Lewinsky, un ejemplo de decencia, de rectitud, de bondad e inocencia. Mientras tanto, día a día, las bombas caen sobre Iraq, los policías acribillan hombres desarmados, o quizá portando un peligrosísimo encendedor... y en las escuelas primarias de los estados unidos de norteamérica, usa, sí, el centro del universo, mayor a Roma y Atenas juntas, los alumnos de nueve años apenas pueden leer.

En bajada. El restaurante, del que sólo se ve el tejado, mezcla de calaminas y tejas, algún trapo para las goteras, se opone con su sombra al sangriento, sangre naranja, atardecer cochabambino. El sol se oculta por Tapacarí, por sus senderos de polvo en cuyas casitas los campesinos todavía guardan los huacas del incario para adorarlos o venderlos.

IV

PAN, PANCITO, señorcito. Los niños pastores del camino estiran las manos hacia los buses que cubren su hambre de polvo. Carlos contempla de su ventanilla la agritud del yermo. Si hay algo que no le gusta es viajar por Bolivia; se llena de angustia. Poblados hundidos en las quebradas, entre cincuenta metros de verde. Y las casas siempre vacías, candados helados por la temperatura montañera. ¿Y el dueño? Por allá nomás está, por los cerros, a cinco o diez kilómetros. De la noche llega a la lobreguez de casa, de las velas encendidas, si tu hogar es un nicho perpetuo, hombre. Y el cuero de oveja, café ya de sucio, cubre los terrones de la piel. Amanecida y un poco de agua sobre los labios. Con suerte un trago del insumo negro de cáscaras y pasto, pan rascado contra la pared para desmigarlo, un trocito de adobe en lugar de chocolate e irse irse de nuevo tras del sembrado o los animales. La ventana del bus descubre un mundo ordenado. Le asombra los sentidos el hecho de que todos los pasajeros hablan inglés, no sabía que era un idioma gesticulatorio, y los gringos con cada palabra parece que se asfixian y me desespero por ayudarlos, alcanzarles un refresco y, fata morgana, sus bocas se contraen, abren y desvían más. Preguntar mi nombre y de dónde soy implica toda una serie de movimientos faciales que envidiarían los mimos. Hay uno de rostro redondo, cariculo, el círculo perfecto, y de pronto es un volcán rojo que contorsiona distorsiona su sobriedad para decir hello. Bien que es el sur, y el sur difiere un poco del norte en que la apertura de los labios yanquis es menor pero inmensa sin embargo para un boliviano, tan recatados y educados y tenues que somos, sin ironía, para de pronto hallarnos ante la bestia humana, los bárbaros

que Roma jamás pudo domeñar, y sus mujeres, bellas, grandes, culonas y ariscas. El colectivo pasa de los Andes al camino de Georgia, y no es Cochabamba en la distancia ahora sino Savannah, en cuyo muelle busco, diletante literario, los piratas ahorcados de Stevenson y Schwob.

Cuando tú te hayas ido me envolverán las sombras. La radio sólo calca el hecho de que arribo a Cochabamba ya de noche y no me fui todavía estoy por irme. Los productos del mercado ya están cubiertos de sábanas y en los taburetes de quince centímetros sobre el suelo duermen esposas, madres y abuelas de un pueblo. Con el alba se moverá de nuevo lo estático y el api humea en cada mesa, ¿rojo, niñito, o blanco, o mezclado? mientras en el aceite inmemorial se cuecen los buñuelos sobre los que cae una nieve de azúcar impalpable.

Tomar la calle Nataniel Aguirre, antes del amanecer. Las mujeres barren las calles y cuánto le durará la espalda a una de estas trabajadoras, agachadas así. La plaza 14 de septiembre tiene encanto a esa hora. Un par de barrenderos dormita en los bancos frente a La Juventud. Las luces, los irreales arcos; arbolada memoria no sólo de aquel día, de tantos, sobrio o no, de los amigos que asoman el miembro y orinan la columna de los héroes frente a la prefectura donde guardias y torturadores duermen un sueño injusto. Y la reja desteñida de casa, color antiorín, dicen; acera desportillada, las florcillas de la enredadera que cubren el paso. Y mamá que se levanta, siempre mamá al escuchar los pasos, y un té, leche caliente de infancia.

¿Y, chico, de dónde eres?

De Colombia, le respondo, porque así pienso que tendrá temor. Y él, el taxista del aeropuerto de Miami, es colombiano, de Bogotá, puta suerte.

De Villavicencio, la sabana, el Meta. Me sirve lo que Armando me cuenta de sus años en el llano. Pero hace mucho que no vivo allí, casi diecisiete. Bolivia es en parte la patria ahora.

Te llevo a la Greyhound de un barrio lejano, porque en el centro de la ciudad los negros están enloquecidos con el saqueo. Y maldito

pretexto que tiene, colombiano de mierda, para cobrarme veintitres dólares que los saco de una bolsita, tejida en casa, y oculta detrás de los huevos. Le pido rebaja y me señala el taxímetro.

Chico, esto no es la puñetera tierra nuestra; aquí hay orden.

Y si supieras, taxista, que siempre me pasé por la baja espalda el orden.

La ventana de la estación de buses, una casita de un piso. Algunos gringos trasnochados. Carlos quiere Coca-Cola dentro de esas máquinas. Pero se aguanta y toma agua en el baño, porque no tiene idea del funcionamiento de las dispensadoras de refresco. Las noticias en un diario abandonado en el asiento hablan de la muerte de un prieto en manos de la policía, y el consecuente levantamiento racial. Pero es el pasaporte que aferra, los cuatro billetes de a cien que parecen cortarles los testículos, lo que importa. ¿Y de impresionante?

Nada

La fiesta se ha preparado con anticipación, la de despedida.

Carlos, hijo, te felicito por haber reunido a todas tus mujeres en una, dice el padre. Como el tío Rómulo. Y no son todas. Tres: *cuando tú te hayas ido me envolverán las sombras*, y me envuelve el cabello negro de tu nuca mientras te penetro te entro y tu cuello asoma blanco, y tienes los ojos cerrados y la boca entreabierto con puntas de dientes.

Taxi. El aeropuerto. Omar que me dice, detrás de la espalda de papá:

Chau, Caballo Loco.

Vuelo de noche. De la ventanilla intento imaginar las luces como postas o pueblitos del Brasil, primero en el mato, luego en la desertidad del sertao, la implacable selva de Guayana, el Caribe, Cuba, la isla Tortuga, Manaos, el Orinoco. Trazo un mapa que quiero recorrer y sale el sol, colmado de depósitos, la ciudad.

Al Greyhound, en español, porque éste no ha nacido aquí ni por San Putas y tengo que cuidarme para que no me robe.

Soy de Colombia. Ah, tú también, pues yo de Villavicencio. No, no sé cómo estará, chico, son diecisiete desde que me fui. ¿Bolivia? Lindo, aunque demasiado frío. Sí, patria doble; ah, de Bogotá; yo del llano ¿Y cómo era, Armando, aquel camino, y Cali, y Palmira... cómo eran?